



El Parlamento de Londres. Este edificio, realizado por Charles Barry y comenzado en 1837, alberga las dos cámaras legislativas inglesas, la de los Lores y la de los Comunes, creación típica de este pueblo y adaptada a su propia mentalidad.

Creación del Imperio británico

Al terminar las guerras napoleónicas, las Islas Británicas no contaban más que con diecisiete millones de habitantes. La deuda había aumentado en más de 860 millones de libras, pero el Congreso de Viena dio a los ingleses, como botín de guerra, Malta, Ceilán, las islas Mauricio y Trinidad y la Colonia de El Cabo. Sin embargo, la mayor ganancia que allegaron a la Gran Bretaña las guerras napoleónicas fue infundirle un sentimiento de su propio poder, lo que hoy se llama complejo de superioridad, que en este caso puede definirse como mezcla de celo por el honor nacional y de conciencia de los

deberes individuales. Una frase, que fue la sola directiva de combate de Nelson en Trafalgar, comunicando a toda la tripulación, como orden pura y simple de la inminente batalla: "Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber", quedó indeleble en la mente de los ingleses. Durante el siglo XIX hubo casos de inmoralidad en la política interior; desórdenes, descuidos y aun desaciertos en las colonias, pero estas faltas, en número muy inferior a las de los gobernantes de otros países europeos, estaban aliviadas por grandes virtudes.

La aristocracia inglesa, en su lucha con-



Venta de votos en un "burgo podrido", según pintura de Hogarth (Soane Museum, Londres). El envío de diputados a la Cámara de los Comunes no fue siempre resultado de elecciones puras, sino que el cohecho y el soborno fueron tan notorios, que hasta los artistas se hicieron eco de tales anomalías.

tra Napoleón, había adquirido el hábito de resolver en cada caso, por su propia iniciativa individual, dificultades insospechadas. La historia del período de formación y consolidación del Imperio británico está salpicado de innumerables ejemplos del sublime empleo de sentido común, más geniales que los de sacrificio heroico o de gallarda valentía, que a menudo sólo sirven para inmortalizar un acto o una persona, pero raramente benefician a toda la nación. Los tenaces ingleses que se establecieron en remotas regiones; los escoceses que administraron con admirable flemma el todavía no bien trabado Imperio; hasta los fanáticos irlandeses, que exigieron un máximo de autonomía, supieron dar largas a asuntos cuya solución era prematura, se mantuvieron sin claudicar aun cuando no columbraban progresos ni ventajas y se resignaron a cambiar de opinión al convencerles de que habían errado en sus propósitos.

Los dos personajes más nobles de la política inglesa en el siglo XIX, Peel y Gladstone, se convirtieron hasta el punto de hacer triunfar los principios políticos que durante mucho tiempo habían considerado extraviados o erróneos. La nación, por su parte, con-

vencida de que "Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber", no impuso castigos ni desdoró despectivamente a los vencidos ni a los fracasados. Un gobernador inglés en las colonias no tenía que temer el ridículo de la maledicencia de los que comentaban sus fracasos en los círculos de Londres. Sabía que, aun equivocándose, hasta sus mismos enemigos justificarían sus intenciones por la parte de progreso lograda con su vencimiento, pues, como dicen los ingleses, no hay nube sin borde de luz.

Tal es la causa de la grandeza de la Gran Bretaña, no su régimen político. La creencia de que el feliz encumbramiento de Albión hasta erigirla en árbitro del mundo y dueña de los mares, con su Imperio vastísimo y sus riquezas inagotables, se debió a un sistema de gobierno (parlamentario, o lo que sea), es infundada. En un libro de Disraeli, jefe del partido conservador, que además escribía novelas (pecado grave hoy, pero pecado venial en un político de su tiempo), el protagonista se prepara a emprender el viaje a Palestina porque es tierra donde no encontrará un gobierno de "chabacano régimen parlamentario". Palmerston, jefe del partido liberal, que por gotoso dormía sentado, daba cabezadas



Regatas entre los equipos de Oxford y Cambridge (grabado de la época).

Benjamin Disraeli, lord Beaconsfield, por Millais (The National Portrait Gallery, Londres). Fue jefe del partido conservador y uno de los fundadores del imperialismo inglés.

en el banco ministerial y sólo se despertaba a la hora de votar. Los partidos ingleses muy a menudo no representaban ninguna ideología; eran grupos acaudillados por famosos personajes que tenían muy vagas nociones de lo que harían cuando se les deparase oportunidad de gobernar. Por mucho tiempo hubo un grupo en la Cámara de los Comunes que se llamaba de los *adulamitas* porque en la Biblia se dice que David se refugió en la cueva de Adulam, donde se le reunieron cuatrocientos hombres, "todos afligidos, todos cargados de deudas, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu" (I, Samuel, 22, 2). Los *adulamitas* votaban con uno u otro partido según les convenía en cada momento.

La grandeza de la Gran Bretaña se debió al material humano, que, a pesar del régimen, superó dificultades que para otras gentes hubieran sido catastróficas. Pero valga advertir que el régimen inglés a principios del siglo XIX no era democrático ni representativo. El Parlamento constaba de dos cámaras: la de los Lores y la de los Comunes. La primera era enteramente hereditaria, formada exclusivamente por títulos del reino, con la excepción de algunos obispos. Los Lores legislaban por derecho divino o porque sus padres y abuelos fueron capaces de legislar. Desde esta cámara alta, los Lores pueden deshacer lo que han hecho los Comunes. En otro país, la obstrucción de los Lores hubiera desencadenado la revolución. Franklin,

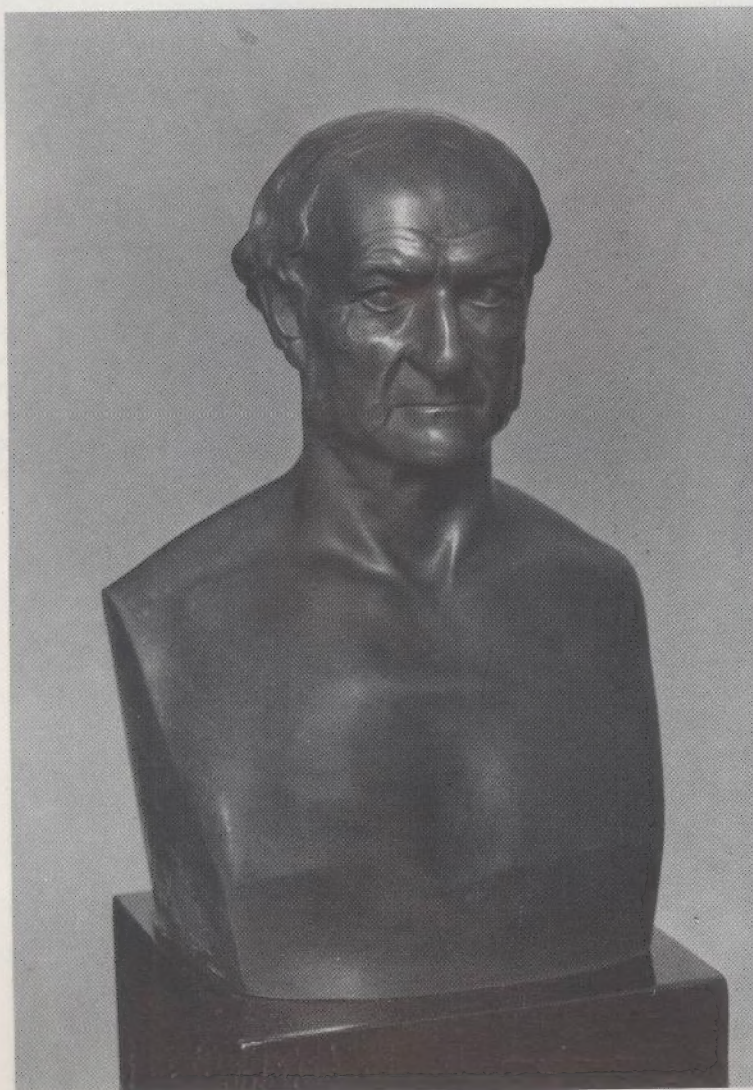


INGLATERRA EN EL SIGLO DEL HIERRO Y EL ACERO

	Producción de hulla y lignito					
	1850	1860	1870	1880	1890	1900
Estados Unidos	8.536	19.041	40.340	79.400	147.700	269.700
Alemania		16.731		59.118	89.291	149.788
Francia	4.434	8.300	13.400	19.362	26.083	33.404
Inglaterra	57.500	81.322		149.021	184.529	228.784

	Producción de fundición			
	1870	1880	1890	1900
Estados Unidos	1.690	3.897	9.350	14.010
Alemania	1.262	2.468	4.100	7.550
Francia	1.178	1.725	1.962	2.714
Inglaterra	6.059	7.873	8.031	9.103

Durante todo el siglo XIX, Inglaterra reina como primera potencia indiscutible y su primacía se asienta, en parte, en su calidad de primer productor de combustibles minerales sólidos y fundición. Hasta 1850, la producción inglesa de hulla y lignito es el 60 % de la mundial; en 1890 representa todavía el 35 %. Sólo en 1900, Inglaterra comparte su posición con Estados Unidos, que muy pronto la superará. La situación es semejante en la producción de fundición. En 1870, la producción inglesa equivale a la de Estados Unidos, Francia y Alemania unidas. El crecimiento rapidísimo de la producción de los Estados Unidos dejó muy pronto atrás las cifras inglesas.



con su simplicidad colonial, no podía comprender que un cargo político fuera hereditario; decía que era más fácil que un matemático engendrara a otro matemático, que un legislador a otro legislador. Pero en Inglaterra las reformas se consiguieron a pesar de los Lores. A veces se logró aprobar leyes creando el rey algunos nuevos pares, para aumentar el número de votos de los Lores reformistas, ya que siempre había algunos de tendencia liberal, pero en la mayoría de los casos bastó la persistencia y paciencia de los Comunes. Los Lores generalmente se resignaban, y en una noche que los irreductibles estaban intencionadamente ausentes, el gobierno conseguía una votación favorable para una reforma rechazada en años anteriores.

La Cámara de los Comunes no era a principios del siglo XIX muy democrática. Los diputados se elegían por distritos electores que representaban el estado de la población de tres siglos antes. Distritos ya casi des poblados enviaban diputados, mientras que ciudades como Manchester y Birmingham no tenían representación. Los Lores estaban empeñados en mantener estos anacrónicos distritos electorales, enclavados dentro de sus señoríos, porque les permitían elegir allí diputados a su gusto y conveniencia. De esta manera contaban con votos en la Cámara de los Comunes, además del voto que tenían en la Cámara de los Lores.

La necesidad de la reforma de la Cámara popular se venía sintiendo desde 1785, en que Pitt propuso un primer proyecto de redistribución de distritos electorales. Pero la alianza de los Lores con los diputados *cuneros* de la Cámara de los Comunes impidió su aprobación. Casi cada año algún político liberal comentaba el escándalo de los llamados "burgos podridos" o "distritos corrompidos". La ley se aprobó el 4 de junio de 1832, después de motines y dimisiones de ministros recalcitrantes. Se abolían enteramente 56 distritos; en otros se reducía el número de diputados, y se asignaron 143 puestos a nuevos centros de población: Londres recibió diez, y a Birmingham, Liverpool, Manchester y Newcastle se les adjudicaron dos sitios en los Comunes. Quedaba el sufragio restringido en las ciudades a los que poseían

Busto de Gladstone, jefe del partido liberal inglés de mediados a finales del siglo XIX (The National Portrait Gallery, Londres). Con frecuencia los partidos ingleses no han representado ideologías diferentes; han sido grupos reunidos alrededor de personajes famosos.

o alquilaban una propiedad tasada en más de diez libras. Con el tiempo se redujo a cinco libras, lo que empeoró la situación, porque los inquilinos que pagaban poco eran menos independientes y estaban más sujetos a la aristocracia que los que pagaban más de diez libras, ya casi de la clase media. El sufragio universal de "cada hombre un voto" no se consiguió hasta 1885, y el de las mujeres mucho más tarde, en 1918. La intervención de los Lores, considerada poco democrática, quedó radicalmente limitada en la reforma de 1911, de modo que sólo podían suspender durante dos años la validez de las leyes si los Comunes las votaban por tres veces. Y esta especie de veto temporal fue reducido a un solo año en 1949.

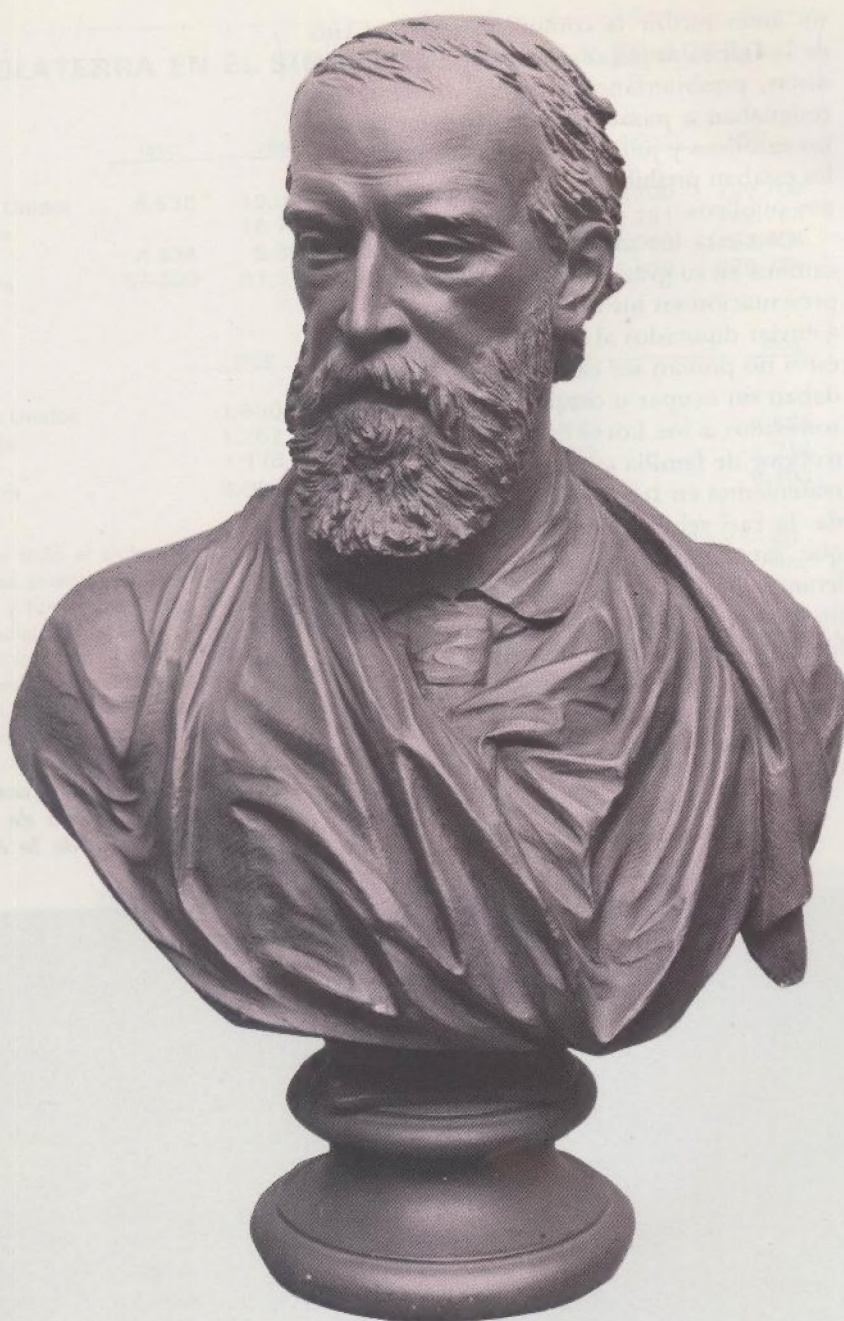
Hay que añadir la inconcebible prohibición de ocupar cargos públicos, y por tanto un sitio en el Parlamento, a los que no fueran miembros de la Iglesia oficial del estado. Una ley del tiempo de la revolución de 1688 exigía que nadie podía tomar posesión de un cargo en el ejército o en la administración

sin antes recibir la comunión según el rito de la Iglesia anglicana. Los baptistas, metodistas, presbiterianos y demás disidentes se resignaban a pasar por esta prueba. Pero a los católicos y judíos, a menos de apostatar, les estaban prohibidos sin apelación los cargos públicos.

Con esta ley puede decirse que Irlanda, católica en su gran mayoría, quedaba sin representación en los Comunes; tenía derecho a enviar diputados al Parlamento, mas como éstos no podían ser católicos, los sitios quedaban sin ocupar u ocupados por diputados sometidos a los Lores ingleses, que por entronque de familia eran también grandes terratenientes en Irlanda. La presión de Irlanda, la casi rebelión de 1829, impuso la ley que "emancipaba" a los católicos de la intolerancia de la Iglesia anglicana. Los judíos no fueron "emancipados" hasta 1858, en que fue necesario cambiar todavía el juramento de fidelidad para que el banquero Nathan Rothschild pudiera sentarse en la Cámara de los Comunes. Pero la condición de ser pro-

Partida de golf en el campo de St.-Andrews, cerca de Edimburgo (grabado de la época).





Charles Stewart Parnell, jefe del partido irlandés en el Parlamento.

pietario o inquilino para votar reducía en la paupérrima Irlanda el censo de votantes a un puñado de electores.

Detalle importante, aunque no merecería ocupar nuestra atención si no fuera porque revela cuánto de injusto y retrasado quedaba en Inglaterra a principios del siglo XIX, es que en Irlanda se obligaba a todo el mundo a pagar el diezmo a la Iglesia anglicana. Se había esperado que clérigos anglicanos impuestos por el gobierno de Londres acabarían por convertir a los irlandeses, pero, además de que los irlandeses eran incapaces de “reformarse”, los pastores ingleses a mediados del siglo pasado no representaban más que una burocracia muy inferior, por lo que toca a la espiritualidad, a la del clero católi-

co irlandés, perseguido y tan pobre como sus feligreses.

Creemos oportuno insistir con cifras. Los anglicanos en Irlanda sólo sumaban 800.000, una décima parte de la población; para apacentar este rebaño, la Iglesia anglicana necesitaba veintidós obispos y cuatrocientos clérigos casados, con casi un millón de libras anuales, que pagaban por igual católicos y anglicanos. En conjunto, la condición religiosa impuesta a Irlanda era una anomalía que sólo puede tolerar la mente anglosajona. El peculiar carácter de ingleses e irlandeses explica que la solución inevitable —esto es, la separación de la Iglesia del estado— en Irlanda no se consintiera por el Parlamento de Londres hasta 1869, impuesta por Gladstone. Errores pasados, temores presentes, mantuvieron al gobierno inglés a la expectativa para resolver la “cuestión de Irlanda” durante todo el siglo XIX. Que había una cuestión irlandesa nadie lo dudaba, pero mientras los conservadores creían que ni reformas ni aun la completa separación podrían acabar con la animosidad de los irlandeses, los liberales pensaban que era imprescindible conceder a Irlanda un mínimo de autonomía, para ir gradualmente aumentándola si sabía hacer buen uso. Gladstone preparó una ley o estatuto que concedía el *Home rule*, pero el jefe del partido irlandés parlamentario, Parnell, tuvo que defenderse en un caso de divorcio y adulterio, y, siendo Irlanda católica, aquel escándalo le incapacitaba para la inmediata aplicación de la nueva ley que había redactado Gladstone. Falto de un jefe a quien confiar la implantación del estatuto irlandés, Gladstone retrocedió y empezó una era de violencias.

No fue Irlanda la única en sufrir errores pasados y temores presentes en Inglaterra en el siglo XIX.

El Código Civil inglés es un archivo de sentencias compiladas en un *Statute-Book* o libro de decisiones, caótico, sin articulación sistemática de delitos y penas. En Inglaterra todavía se administra justicia recordando precedentes análogos más que disposiciones legales. En otros países tal ambigüedad produciría abusos, pero tratándose de ingleses, el acusado podrá temer que el juez resulte incapaz, pero muy raras veces corrompido y venal.

Con tal jurisprudencia, a principios del siglo XIX se ahorcaba en Inglaterra a los carteristas, a los que robaban ropa tendida, a los falsificadores, a los cazadores furtivos, y hasta doscientos tipos de criminales de esta calaña. La crueldad medieval de la pena venía criticándose año tras año dentro y fuera del Parlamento, pero ni Lores ni Comunes podían concebir que la sociedad subsistiera

si no se eliminaba a los que saltaban una valla o metían mano en bolsillo ajeno.

En 1821, Peel tuvo que hacer un gran esfuerzo para exceptuar de la pena capital más de cien clases de delitos. Se decía después de la legislación de Peel que Inglaterra parecía otro país, que casi se hablaba otra lengua, más humana, menos brutal, más social, más moderna. El resultado de la reforma de Peel fue que disminuyeron los crímenes en vez de aumentar, y esta experiencia siempre se menciona por los partidarios de la abolición de la pena de muerte cuando discuten con los que creen que sólo por medio del terror puede acabarse con el crimen.

Todavía más importante por sus resultados fueron las leyes sobre el trigo, de tendencia librecambista, impuestas por Cobden y Peel. Inglaterra tenía a principios del siglo XIX aduanas que imponían derechos no sólo a los objetos de importación, sino también a la exportación de sus propios productos. Había toda clase de trabas e impuestos para introducir y extraer del país primeras materias y artículos manufacturados. No se podía exportar lana en bruto porque se creía que la lana inglesa de fibra larga era superior a todas las demás lanas del mundo. En cambio, estaba enteramente prohibido importar artículos de seda.

Mientras el grano del país no alcanzara el elevado precio de setenta chelines por cuarto de tonelada, nadie podía introducir trigo en Inglaterra. Después de esta cotización se podía importar trigo extranjero, pero pagando todavía derechos de aduana crecidísimos. En años de mala cosecha, el obrero inglés pagaba por un pan de dos libras y media, chelín y medio, que representaba para los jornales de entonces un precio elevadísimo. No es extraño que en la Inglaterra de 1835 hubiera motines pidiendo pan y los obreros murieran materialmente de hambre.

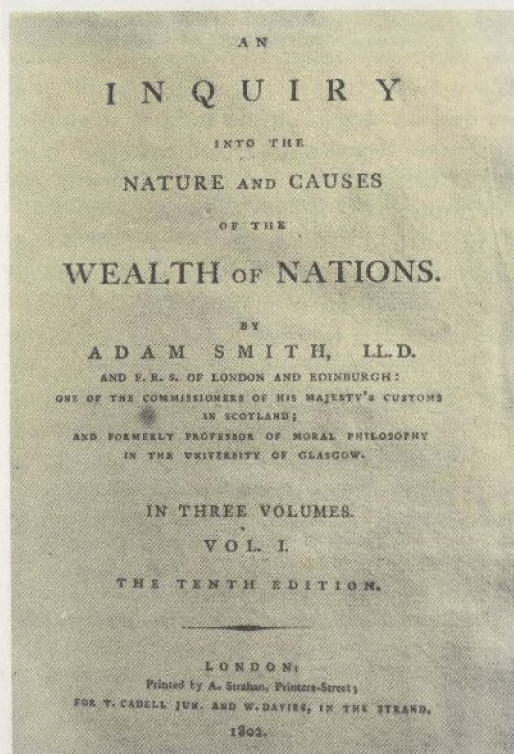
El contraste entre la riqueza y la pobreza era tan escandaloso, que los economistas ingleses de principios del siglo XIX se preocuparon de encontrar una solución. Esta, para ellos, era de *libre cambio*. Fundaban su sistema en la semifilosofía del escocés Adam Smith, cuyo escrito "Investigación acerca de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones", se cita comúnmente abreviado por

The Wealth of Nations. Adam Smith había empezado en 1751 siendo profesor de Moral en la universidad de Edimburgo, donde contrajo amistad con Watt y le animó a terminar su invento de la máquina de vapor. Smith ejerció su cargo académico hasta 1764; en esta fecha dimitió para acompañar a un joven duque escocés en sus viajes por Europa.

El sistema de Adam Smith es el mismo de Turgot, del *laissez faire*, del que ya hemos hablado en otra parte de esta obra, pero mucho más documentado y apoyado en dos grandes principios. Primero: la moneda es sólo un medio de facilitar los cambios de productos. Éstos son la única y verdadera riqueza. Segundo: las naciones, como los individuos, por su diferente suelo y clima, tienen su especialidad. Con la división del trabajo se facilitará la "producción", y con el intercambio todos serán más ricos. Sería inconcebible que Inglaterra se empeñara en producir vino cuando puede producir carbón y que Italia quisiera producir algodón cuando puede producir aceite. Adam Smith también tuvo en cuenta la psicología y habilidad técnica de cada pueblo.

De todo ello sacó en consecuencia que impedir el intercambio entre dos naciones es ruinoso e imposible. Ruinoso, porque disminuye la riqueza de ambas; imposible, porque la prohibición se supera con el contrabando. En una palabra, no se debe ni se puede restringir el comercio entre naciones, como no se puede ni se debe restringir el comercio en-

*Portada de la décima edición (1802)
de la obra del filósofo
y economista Adam Smith "An Inquiry
into the nature and causes
of the Wealth of Nations"
(Biblioteca Central, Barcelona).*





Richard Cobden, por L. Dickinson (The National Portrait Gallery, Londres). Apóstol de las teorías del librecombio, organizó una Liga contra la ley del trigo, cuyo fin mediato era la abolición de las aduanas.

tre individuos. El antiguo régimen de aduanas, régimen "maligno y perverso", se llamaba por Adam Smith "sistema mercantil", y el nombre de mercantilismo todavía se emplea en sentido despectivo. En un principio quería decir de protección fiscal o aduanera, sistema opuesto al del librecombio.

El libro de Adam Smith, publicado en pleno siglo XVIII (1776), no tuvo inmediatas consecuencias. La predicación del librecombio empezó en Inglaterra durante el apogeo de la revolución industrial. Se podía discutir si la protección y el librecombio convenían igualmente a las naciones industrializadas que a las de economía primitiva, pero no cabe la menor duda que en Inglaterra y hacia el año 1825 era un error sujetar con trabas el comercio exterior.

El apóstol de las ideas del librecombio fue el gran propagandista Richard Cobden. Nacido y educado entre comerciantes de Manchester, Cobden conocía todos los inconvenientes que resultaban del mercantilismo o comercio restringido por tarifas de aduanas.

Decidido a acabar con él de una vez, organizó por toda la Gran Bretaña una Liga contra la ley del trigo (*Anti-Corn-Law league*). Con la perspectiva de rebajar el precio del pan, Cobden creía atraer partidarios para después proponer el librecombio. Su estrategia consistía en minar el sistema antiguo quitándole el puntal derecho del trigo; una vez conseguido el trigo libre de aduanas, el resto caería por su propio peso.

Cobden fue elegido miembro de la Cámara de los Comunes en 1841. La discusión de la ley del trigo pasó de la calle al Parlamento. La reforma se hizo gradualmente; varios ministros se gastaron imponiéndola a pequeñas dosis. Por fin, en 1846 Peel consiguió su aprobación con la ayuda de Wellington. El Duque de Hierro, como llamaban a Wellington, ya de sesenta y siete años, se presentó en la Cámara de los Lores para suplicarles como un último favor —una última muestra, bien merecida, de confianza— que votaran las leyes del trigo de Peel. Las leyes pasaron, pero Peel fue derrotado en otra votación aquel mismo día y, como castigo de haberse impuesto con la ley del trigo, tuvo que dimitir.

En 1860, puede decirse que Inglaterra era una nación enteramente librecombista. Había sólo cuarenta artículos de importación que pagaban derechos de aduanas y más tarde se redujeron a veinte. Los productos alimenticios entraban libremente y se importaban de aquellas naciones que los producían más baratos. La vida era fácil y la industria, pagando jornales pequeños, podía producir mucho más económicamente que la de otros países proteccionistas.

Así se formó gradualmente la Vieja Inglaterra, *Old England*, admirada y odiada, discutida y combatida, pero sobre todo temida hasta erigirla en déspota de Europa. Y no hay duda que a Inglaterra se la puede odiar y admirar, pero de ningún modo imitar. El régimen parlamentario con dos Cámaras y ministros responsables, depuestos por votación de la mitad más uno, funcionó con relativa eficacia en Inglaterra, pero ha producido confusión y desorden en las demás naciones que trataron de implantarlo. Acaso podrían exceptuarse los países escandinavos; pero éstos son de raza teutónica tan afines a los anglosajones, que el éxito del régimen parlamentario allí puede explicarse por las mismas razones que en la Gran Bretaña. Se trata de razas acostumbradas al debate y a la reflexión, que pesan más la verdad que puede caber en las razones que opone el adversario que en la suya propia. El método obstruccionista, que no es un juego limpio, para obtener ventajas parlamentarias, fue inventado por los irlandeses de raza céltica, no an-

glosajones. Para combatir la obstrucción irlandesa, los ingleses emplearon el método cachazudo de "la guillotina" o de hacer aprobar las leyes paulatinamente a tajadas. Hubo también en Inglaterra sesiones que duraron varios días, oradores que pronunciaron discursos de largas horas, agudos bufones parlamentarios, picos de oro que encantaban a los oyentes con elocuencia escolástica empleando latinajos y sentencias de otras edades. A menudo, para conseguir la aprobación de una ley por los Lores y Comunes, tuvo que movilizarse el "látigo", o sea un miembro de la Cámara encargado de procurar mayoría al ministerio por todos los métodos imaginables... y otras calamidades, pero en menor escala de lo que produjeron en otros países los Parlamentos.

Error muy grande sería también creer que el éxito del régimen parlamentario en Inglaterra derivó exclusivamente de la calidad de su aristocracia, con su educación universitaria de humanidades y su moral protestante. No; la nación entera, el pueblo inglés con sus diferentes estamentos, encontró en el régimen parlamentario el tipo de gobierno que le convenía, pero por la misma excepcionalidad de aquel pueblo insular es insensato aplicar idénticos principios a gentes de distinta psicología.

Tampoco hubo en Inglaterra en esta época ninguna personalidad eminente hasta el punto que sobresaliera entre los políticos y dominara el Parlamento. En el primer tercio del siglo XIX, Wellington tuvo influencia decisiva en la Cámara de los Lores, que ejerció para aprobar la ley del trigo, pero no se significó como estadista. Los demás jefes de partido fueron tan sólo inteligentes servidores del estado, doradas medianías. Los príncipes reinantes tampoco impidieron o forzaron con personalidad destacada el curso natural de la transformación de la nación inglesa en Imperio británico. Los tres reyes de la casa de Hannover que ocuparon el trono después de Waterloo, Jorge III, Jorge IV y Guillermo IV, pudieron entorpecer algo el curso de los acontecimientos, pero no desviaron su dirección. Jorge III tenía accesos de locura. Jorge IV, vano y disoluto, ocasionó vergüenza y disgustos sin cuento. Su hermano y sucesor, Guillermo IV, era un infeliz aficionado a la marina. Le llamaban el rey marino, pero, en realidad, no era más que un marinero rey. Ninguno se entremetió en las cosas de gobierno.

Muy diferente fue su sucesora, Alejandra Victoria. Tenía sólo dieciocho años al morir su tío Guillermo IV, el 20 de junio de 1837. Desde este día, primero de su reinado, se condujo con tal dignidad y conciencia de su estado, que fascinó a sus propios consejeros.



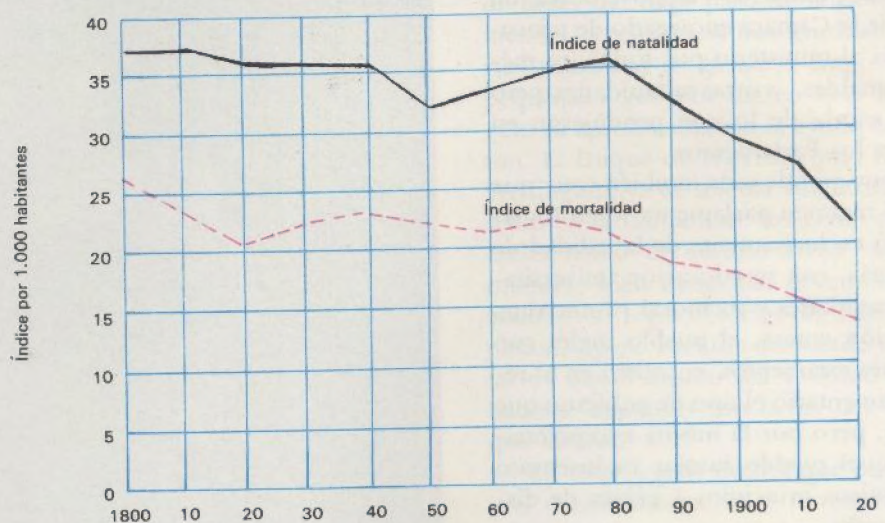
Durante los sesenta y cuatro años de su reinado —murió el 22 de enero de 1901—, la reina Victoria participó con sincero interés en el drama tremendo de la formación de su Imperio, sin extralimitarse ni forzar resoluciones de los consejos ni en el Parlamento. Victoria no fue, como Luis XIV, su propio ministro, pero comunicó a los ministros su desapasionada manera de pensar y, sobreponiéndose al tumulto político, enviaba a sus ministros notas impersonales, redactadas como sugerencias: "La Reina cree que después de la discusión de la Cámara..." "Aunque la obra de conciliación parece difícil, la Reina imagina que..." "La Reina tiene que decir que..."

Estas comunicaciones reales tenían además la ventaja de reflejar un criterio femenino, o por mejor decir, neutro, porque su ma-

La reina Victoria en su coronación, según cuadro retrospectivo de G. Rayner (The National Portrait Gallery, Londres). Sobrina y sucesora de Guillermo IV, reinó de 1837 a 1901; durante su reinado ejerció notable influencia en la política de su país e Inglaterra alcanzó el máximo esplendor imperialista. Casó con el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha, quien desempeñó un discreto papel de príncipe consorte.

LA POBLACION INGLESA DURANTE EL SIGLO XIX

En 1801, Inglaterra tenía 15.250.000 habitantes; en 1911, 45.560.000. La población inglesa había crecido durante el siglo XIX en un 180 %. El crecimiento no ha sido uniforme. De 1800 a 1850, el índice fue del 92 %; de 78 %, entre 1850 y 1900, para reducirse a un 20 % en los primeros decenios del siglo XX. Hasta 1870-1880, el factor principal de la expansión es una natalidad muy elevada, sensible, sin embargo, a la coyuntura económica, como lo demuestra el notable impacto de la crisis de 1847-1849. Pero desde estas fechas, la natalidad disminuye por la generalización del control de nacimientos, y el mantenimiento del crecimiento se debe al retroceso de la mortalidad, consecuencia del aumento del nivel de vida y los progresos de la medicina. Extinguidos los efectos de esta baja revolucionaria de la mortalidad, la población inglesa se estabiliza.



rido, el príncipe consorte, la sostenía y aconsejaba. Victoria había casado muy joven, cuatro años después de ascender al trono, con un primo suyo alemán, que desempeñó admirablemente el papel de rey consorte. El príncipe Alberto fue algo más que un esposo de Victoria; fue su maestro en ciencia política, sin salir de la penumbra del hogar. Nunca se mezcló directamente en asuntos de política candente, pero como la familia vivía estrechamente unida y Victoria adoraba a su marido, que era discreto e inteligente, éste no podía dejar de influir en el ánimo de la reina. Con todo, ni las cualidades excepcionales de la reina Victoria ni la prudencia del príncipe consorte explican el éxito del régimen parlamentario en Inglaterra ni la feliz expansión de un Imperio allende los mares. No; fue el genio inglés, el espíritu británico el que, valiéndose de un instrumento de gobierno apropiado a su raza, logró resultados sin precedentes en la Historia. Los ingleses se alabaron de mantener el mayor Imperio que ha existido desde que el mundo es mundo, confiando en que sería sólido como el peñón de Gibraltar.

El primer Dominio colonial inglés que quedó como centro de gravedad del Imperio

británico fue la India. La *East India Company* (Compañía de las Indias Orientales) fue autorizada por la reina Isabel en 1600. Como todas las compañías coloniales de la época, estaba capacitada para mantener un ejército y gobernar el país con oficiales elegidos por el consejo de administración, radicado en Londres. Fue método de penetración colonial que no emplearon los españoles en América, donde todos los funcionarios dependían de la corona. Casi contemporáneamente se estableció en la India otra Compañía francesa, en sus comienzos más próspera y mejor recibida por los naturales del país que la de los ingleses. Ambas habían construido sus factorías en la costa y a poca distancia unas de otras. Las guerras del siglo XVIII iniciaron la ruina de la Compañía francesa, porque no había allí una persona del talento y del valor de Clive, apoderado de la Compañía inglesa, quien supo jugar con dos barajas, levantando a los príncipes semiindependientes de la India contra los franceses, y aprovechando las querellas de los príncipes entre sí acabó por conquistar los reinos de Bengala y de Bahar. Clive obró por cuenta propia sin consultar a sus directores de Londres y valiéndose de los recursos que le pro-



Cortejo de guardias y carroza utilizada para la coronación de la reina Victoria de Inglaterra (Biblioteca Nacional, París).

porcionaba el país. La India estaba entonces aisladísima; el velero en que Clive se embarcó como simple escribiente de la Compañía tardó dos años en llegar a Madrás. Clive ganó la gran victoria de Plassey contra el rey de Bengala el año 1757. Fue una acción arriesgadísima, y el provecho, al parecer, sólo para la Compañía de las Indias. El gobierno inglés sólo sacaba de sus enormes beneficios las contribuciones fiscales. En el año 1784, Pitt reformó el estatuto de la Compañía instituyendo un Consejo de Inspección elegido por el gobierno de Londres. El gobernador de Bengala, que conservaba este título como

agente de la Compañía, llevaba además desde hacía unos años el de gobernador general de la India. Lo nombraba el rey a propuesta del Consejo de Inspección.

El marqués de Wellesley, hermano mayor de Wellington, fue uno de los primeros gobernadores generales y defendió la India durante el período de las guerras napoleónicas. Bonaparte, obsesionado por la idea de recuperar la influencia francesa en la península indostánica, mantenía allí agentes que intrigaban contra los ingleses. Wellesley se aprovechó de estas veleidades de los rajas para invadir sus estados, aunque a costa de desa-

LOS INGLESES EN LA INDIA

1742-1760	Enfrentamiento franco-inglés en la India.	1800	Formación en el norte de la India del imperio de los Sikhs.	1839 1840	Primera guerra afgana. La dominación inglesa se extiende a la orilla derecha del Indo, Peshawar, Kabul, Kandahar y Ghazni.
1756-1757	Robert Clive conquista Bengala para la Compañía de las Indias Orientales.	1802-1805	Segunda guerra contra la Confederación maratha.		Conquista del Sind.
1775-1782	Resistencia nacional hindú contra los ingleses: primera guerra maratha.	1810-1814	Los ingleses se anexionan las islas del océano Índico dominadas por los franceses.	1843 1845-1849	Guerra contra los Sikhs y anexión del Pendjab.
1780-1784 1784	Guerra de Maisur. El Parlamento rechaza un plan de conquista de la India elaborado por el gobernador general Hastings.	1818	Inglaterra impone su arbitraje a todos los estados hindúes: la <i>Pax Britannica</i> .	1850	Fundación de las universidades de Calcuta, Bombay y Madras.
1790-1792	Malabar y Kurg son cedidas a Inglaterra.	1824-1826	Primera guerra de Birmania: Inglaterra ocupa los pequeños estados vecinos de Birmania.	1856 1857-1859	Conquista de Udh. Levantamiento de los cipayos contra Inglaterra.
1798	Ceilán se convierte en colonia inglesa bajo la autoridad inmediata de la corona.	1829	Campañas de lord Bentinck contra los sutis.	1858	Disolución de la Compañía de las Indias Orientales y organización del gobierno de la India bajo la directa autoridad de la corona inglesa y su Parlamento.
H. 1800	Anexión de la costa meridional de la India y Surata.	1833 1835	Abolición de la esclavitud. El inglés es proclamado lengua oficial de la India.		

LAS CONDICIONES DE VIDA DE LOS TRABAJADORES INGLESES

El desarrollo del capitalismo en Inglaterra supuso un crecimiento enorme de la miseria: el artesanado quedó arruinado por el desarrollo de la industria; el pequeño propietario, por las leyes de cercamiento (*enclosure acts*), que supusieron un gigantesco traspaso de la tierra inglesa a los grandes terratenientes.

El proletariado agrícola ocupó los campos, sufriendo las crisis agrarias y manteniendo una tensión latente, salpicada de violentos estallidos: 1810-1814, 1822, 1831, 1846-1848...

Mediada la centuria, las condiciones de vida de este proletariado agrícola aparecen reflejadas en todo su intenso dramatismo en la autobiografía de George Edward (1850-1934), de la que recogemos algunos párrafos, citados por Paul A. Samuelson: "... En la época de mi nacimiento, mi padre era un boyero que trabajaba los siete días de la semana, saliendo de casa antes del amanecer y no regresando hasta la noche... Por entonces, el salario de mi padre lo habían reducido a siete chelines por semana, y de no ser porque mi madre podía aumentar en algo los ingresos tejiendo a mano en casa, la familia hubiera muerto de hambre. Recuerdo haber visto a veces a mi madre sentada ante el telar durante dieciséis de las veinticuatro horas que tiene el día, a pesar de lo cual, y después de aquella jornada larga, no conseguía obtener más que cuatro chelines por semana, y con frecuencia ni siquiera eso. La cabaña en que nació el niño era miserable, con sólo dos dormitorios, donde tenían que dormir el padre, la madre y seis hijos. En aquella época, la familia se encontraba en la más absoluta pobreza. Cuando la madre aún guardaba cama, su alimento se componía solamente de caldo de cebolla y, como consecuencia de la mala comida, o hablando con exactitud, de la falta de comida, sólo pudo amamantar a su hijo durante una semana, después de lo cual tuvieron que cuidarlo con pan remojado en leche desnatada..."

Si cabe, era peor la situación del proletariado industrial, agrupado en ciudades que crecen de forma extraordinaria, cercadas de fábricas y talleres, llenas de pequeñas y miserables viviendas agrupadas en calles sin pavimento, sin alcantarillado, carentes por completo de condiciones sanitarias, cercanas, con frecuencia, a las casas de los ricos: "Madrigueras de ladrones y prostitutas se soterraban bajo las mismas narices de los abogados del Temple o de los legisladores de Westminster, detrás de las nuevas vidrieras de las bellas tiendas de las calles Regent y Oxford. Los pobres de la ciudad se agazapaban sobre fango e inmundicias peores que las de un corral de cerdos".

La situación era conocida, aunque no quizás en su exacta gravedad, pero el estado, preso de los dogmas económicos

del liberalismo, nada podía hacer por remediarla. Bryant, en su excelente estudio sobre la vida inglesa entre 1840 y 1940, subraya como muchos hombres honorables y dignos, filántropos distinguidos y dispuestos a ponerse al frente de toda cruzada humanitaria, que habían abolido la esclavitud en todos los dominios británicos, mejorado la legislación penal, protegido a los animales, pensaban que los sufrimientos de los trabajadores eran inevitables: el progreso económico exigía el respeto absoluto a la ley de la oferta y la demanda; el estado debía abstenerse de toda intervención en los mecanismos económicos; patronos y obreros debían, pues, contrar el trabajo en total libertad.

Pronto, sin embargo, una serie de estudios e informes mostrarían a la opinión pública la situación real. Engels publicaría "La situación de la clase obrera en Inglaterra" (*The condition of the working class in England in 1844*), donde recoge numerosos testimonios de las terribles condiciones higiénicas en que vivían los obreros y señala sus causas: "En todo tiempo, excepto en los breves períodos en que la prosperidad llega al sùmmum, la industria inglesa tiene forzosamente una reserva de trabajadores sin ocupación para poder producir, durante los meses de gran animación comercial, las cantidades de mercancía que exige el mercado. Esta reserva es más o menos considerable, según la situación del mercado permita ocupar una parte mayor o menor de la misma. Enorme durante la crisis, e importante también durante el espacio intermedio entre esta última y el sùmmum de prosperidad, constituye el 'excedente de población' que se procura lo necesario para vivir miserablemente mendigando y robando, barriendo las calles, recogiendo estiércol, haciendo transportes con borricos o carretillas, ejerciendo el oficio de vendedor ambulante o ejecutando algunos pequeños trabajos".

Un impacto más profundo sobre la sensibilidad del país había causado el "Primer informe de la Comisión sobre el trabajo infantil", de 1842, sobre las condiciones de trabajo de los menores en las minas de carbón, inspirado por lord Ashley y redactado por el médico Southwood Smith, el economista Thomas Tooke y los inspectores industriales R. J. Saunders y Leonard Horner. El país, horrorizado, descubrirá que en las minas de carbón era normal el empleo de niñas y niños de siete a ocho años—incluso de tres—que eran obligados a arrastrar vagones "enganchados como perros a un carrito", a estar con los pies sumergidos en agua más de doce horas, azotados para mantenerlos despiertos...

Comisiones e informes proliferan. Por otra parte, entre 1845 y 1850, las novelas de Dickens, Disraeli y Charles Kingsley, los folletos de Carlyle y los poemas de Elizabeth Barrett Browning describi-

rán la cuestión social a las clases cultas y estimularán en éstas el deseo de reforma (Bryant). ¿Una nueva sensibilidad? En alguna manera sí, mas también el temor creado por el movimiento cartista a una insurrección social. De la Ley de Pobres de 1834, con sus hospicios y asilos, se pasó a un importante desarrollo de una actividad tutelar espontánea, manifestada en la creación de numerosas instituciones asistencias.

Poco a poco, los factores citados, unidos a las reformas electorales democráticas de 1867 y 1884, que aumentarían la influencia de la clase trabajadora, determinarían un cambio en la actitud del estado, manifestado en el desarrollo de la legislación industrial, contrario al *laissez faire*. Bentham iba siendo desplazado por Stuart Mill. En 1847 se promulgaría la Ley de Diez Horas para el trabajo de mujeres y niños, considerada por Marx como una gran victoria para los principios de la clase trabajadora (Birnie). Vencida la oposición patronal hacia 1860, se acepta de forma casi unánime el principio de la legislación industrial: de 1878 es la reunión en un Estatuto General de las leyes sobre fábricas. De 1875 es la Ley de Sanidad Pública, encaminada a mejorar las condiciones higiénicas de los barrios bajos. El siglo terminará con lo que Trevelyan ha denominado "socialismo municipal": Baños y lavaderos, museos, bibliotecas públicas, parques, jardines, espacios abiertos, casas para obreros, fueron adquiridos, contruidos o pagados a base de los impuestos. En muchos sitios se municipalizaron los tranvías, el gas, la electricidad y el agua". Los movimientos de reforma social se multiplican: Barnett, Booth, los Webbs, Henry George...

El problema social no es ya un problema individual, sino un problema político que tenderá a desplazar a los restantes.

A. M.





Los soldados ingleses entran en Delhi por la puerta de Cachemira el 20 de septiembre de 1857 (Biblioteca Nacional, París).

gradar a los directores de la Compañía, que desde Londres no comprendían el aspecto imperial de sus campañas y sólo se daban cuenta de los enormes gastos que ocasionaban.

Wellsey tuvo que dimitir, y empleó el resto de sus energías en Europa combatiendo a Napoleón. A sus sucesores en la India

les quedó un trabajo aparentemente fácil de consolidación y expansión por el mismo método empleado ya por Clive: divide y vencerás. Pero en 1857, al celebrarse el centenario de la batalla de Plassey, cuando la supremacía inglesa en la India parecía asegurada, estalló la formidable rebelión conocida con el fatídico nombre de la *Indian Mutiny*. Debajo



Soldados del ejército hindú a mediados del siglo XIX (Biblioteca Nacional, París).



David Livingstone, por F. Harvill (The National Portrait Gallery, Londres). Este misionero protestante contribuyó, como tantos otros, a la extensión del Imperio inglés.



de la aparente resignación con que los indígenas habían aceptado la penetración inglesa latía un enorme descontento. La sublevación fue general y maravillosamente organizada; nadie hizo traición, y en guarniciones muy apartadas unas de otras y compuestas de cipayos o soldados hindúes murieron a sus manos los oficiales ingleses y hasta en algunos casos sus familias. Los rebeldes eligieron emperador de la India al viejo rey de Delhi, que vegetaba pensionado por los ingleses. La India parecía perdida; a pesar del telegrafo eléctrico, que ya funcionaba entre diversos países, las noticias tardaron semanas en llegar a Londres. En cualquier otro país habrían aparecido derroteristas, pero ni en Inglaterra ni en la India nadie habló de abandonar aquella lejana posesión. Los grupos de supervivientes que quedaban de la guarnición inglesa emprendieron en seguida la obra de reconquista. La rebelión había empezado en mayo, y en septiembre los ingleses entraban otra vez en Delhi. A medida que llegaban refuerzos, las demás posesiones fueron recobradas, y en ellas tanto indios como europeos hicieron alardes de bravura.

La "pacificación" de la India costó dos años, y los ingleses se aprovecharon de la crisis para fortalecer su situación. En cambio, los indígenas demostraron ser incapaces de cooperar y organizarse, divididos en dos mil castas, treinta religiones y centenares de lenguas diversas.

EL CARTISMO

El movimiento obrero cartista surge de la conjunción de diversos factores y circunstancias. En primer lugar, la espantosa miseria de la clase obrera, agravada por la crisis económica que, iniciada en 1836, se prolonga hasta 1843; después, la frustración producida en los trabajadores —y en los radicales burgueses— por la reforma electoral de 1832, todavía muy alejada del sufragio universal, y que resumirá, expresando la opinión general, el periódico "El Defensor del Pobre" (*The Poor Man's Guardian*), de Hetherington y Bronterre O'Brien:

"El bill se convirtió en ley. ¿Y ahora dará al honrado obrero sus derechos? No, no se los dará; excluirá al pobre, y en tanto que los pobres estén excluidos de sus derechos, seguirán siendo miserables y extraños a los beneficios de la civilización y de la vida social. La causa de todos nuestros males es la corrupción, y los hombres que se benefician con el bill de reforma son los verdaderos instrumentos de la tiranía, de la corrupción y el vicio" (citado por Dolléans).

Finalmente, la difusión entre los obreros de las ideas socialistas, a través de una serie de autores: Godwin (*Political Justice*); Owen, acercado a las masas por Thomson (*Research into the Principles of the Distribution of Wealth*); Hodgskin (*Labour Defended*); Gray, Bray, etc., y de una prensa en que destaca "El Defensor del Pobre" y el "Northern Star", con Harney y, sobre todo, con O'Brien, traductor de Buonarrotti, de visión clara de la lucha de clases, de las contradicciones capitalistas y del que se ha señalado: "Anduvo un largo camino en dirección a las teorías con las que más tarde Marx y Engels habrían de construir la doctrina del materialismo histórico".

El cartismo, iniciado en 1837, se fundamentó en dos documentos: una petición nacional, preparada por R. K. Douglas, y un proyecto previo de Lovett, de la *London Working Men's Association* (L. W. M. A.), que recogían los seis puntos inspiradores del movimiento: sufragio universal, parlamentos anuales, voto secreto, suspensión de la obligación de ser propietario para ser miembro del Parlamento, indemnización a los miembros del Parlamento y circunscripciones electorales iguales.

El movimiento prendió con inmensa fuerza en las masas, resumiendo todas las aspiraciones y encuadrando a las principales corrientes del movimiento obrero: la sindicalista, preocupada ante todo por reivindicaciones profesionales; la radical y la socialista, para la que la obtención de los Seis Puntos no era más que un paso importante para lograr el poder político con el que cambiar el orden social. Con el cartismo, señalan Tate y Morton, la clase obrera se hizo más consciente, no sólo de

los males de la opresión que padecía, sino también de su poder potencial.

En el movimiento se integran diversos grupos: radicales burgueses; artesanos, base de la L. W. M. A.; dirigidos por Lovett, Hetherington, Cleave, etc.; tejedores a mano, dirigidos por O'Connor, el gran agitador del cartismo; obreros fabriles y mineros, el grupo más sólido y de actitud más firme. Se trataba, pues, de un movimiento complejo. Su fuerza radicó en la capacidad de integrar a grupos distintos. Esta diferenciación interna fue también su debilidad.

El desarrollo del cartismo permite distinguir varias fases:

1.º Iniciado en 1837, crece de forma explosiva, produciéndose concentraciones de masas de magnitudes hasta entonces desconocidas: 200.000 en Birmingham, 250.000 en Keersal Moor, cerca de Manchester. Se recogen firmas para una petición, formalmente dirigida al Parlamento en demanda de los Seis Puntos y se convocó una Convención, como órgano de dirección.

El 12 de julio de 1838, el Parlamento rechazaría la petición por 235 votos contra 46. La Convención no fue capaz (muchos de sus miembros estaban llenos de prejuicios legalistas) de adoptar una decisión enérgica y la represión gubernamental determinó su disolución el 12 de septiembre del mismo año y el paso del cartismo a la clandestinidad. Durante el año siguiente, parece que hubo proyectos —incluso algún intento como el de Newport— de insurrección armada, pero retenidos los dirigentes más destacados: O'Brien, O'Connor, Lovett, Roberts, Benbow..., la actividad cartista fue decayendo y el movimiento parecía acabado a principios de 1840.

2.º La segunda fase, iniciada en 1841, tras un proceso de reflexión en el que, señalan Tate y Morton, los dirigentes cartistas se dan cuenta de la necesidad de una organización más fuerte, con una dirección centralizada y de un contacto más estrecho con las organizaciones sindicales, supone la creación del que se ha considerado como el primer partido auténtico de la clase obrera, la Asociación Nacional de la Carta (*National Charter Association*), que aumenta rápidamente. Dirigida por O'Connor, se emprende la campaña en favor de una segunda petición nacional que, aun reuniendo más de tres millones de votos, será, como la primera, rechazada por el Parlamento.

Como en la fase anterior, la convención cartista tampoco pudo adoptar una actitud enérgica. Ni siquiera la Asociación Nacional de la Carta fue capaz de orientar la agitación obrera espontánea.

El gobierno lanzó una nueva oleada represiva, la crisis económica cedió en par-

te, y el cartismo, carente de una adecuada dirección, pareció definitivamente extinguido.

3.º A partir de 1845 crece en la clase trabajadora, sobre todo entre los obreros calificados: ha habido cierto aumento salarial, se han conseguido algunas mejoras, como la Ley de las Diez Horas, la tendencia a un sindicalismo apolítico, como medio eficiente para mejorar la situación obrera.

El cartismo, pues, sólo contará desde entonces con los obreros no calificados y con una minoría socialista muy preparada. Por lo tanto, el resurgir cartista de 1847-1848 tenía un carácter revolucionario más claro, pero no contaba ya con las masas de otros tiempos. Una nueva petición, con cerca de dos millones de firmas, fue, como siempre, rechazada por el Parlamento, y esta vez el cartismo, como fuerza política organizada, no sobrevivió a la represión.

El cartismo fue, pues, derrotado, pero su significación dentro de la historia del movimiento obrero es grande. Como señala Abendroth, los obreros ingleses mostraron a los obreros del continente, de una parte, la posibilidad de un movimiento político verdaderamente nacional de la clase obrera, y de otra, que era posible hacer salir al poder político del abstencionismo y obligar a intervenir en la vida económica.

En efecto, al cartismo se deben, entre otras, la Ley de las Diez Horas, la Ley de Minas de 1842 y la Ley sobre Fábricas de 1844.

Engels escribiría en *The British Labour Movement*: "La clase obrera de Gran Bretaña ha luchado arduamente e incluso violentamente durante años por la Carta al Pueblo... Ha sido vencida, pero la lucha impresionó de tal forma a la burguesía victoriosa, que desde entonces se siente dichosa si puede conseguir un armisticio prolongado al precio de concesiones sucesivas a los trabajadores" (citado por Morton y Tate).

Asimismo, su influjo en el marxismo, a través de hombres como O'Brien, Harney y Jones, más también del conocimiento directo que Marx y Engels, residentes durante aquel tiempo en Inglaterra, relacionados con sus hombres, tuvieron del cartismo, es indudable.

Sin embargo, en Inglaterra, el fracaso cartista orientó a las masas obreras, si quiera, como dice Mac Kenzie, la elaboración de las doctrinas socialistas continuará firme y sostenidamente hacia un sindicalismo escasamente politizado, hacia una aceptación del sistema existente, dentro del que pensaban podrían mejorar sus condiciones de vida.

A. M.



Sala de la India House, en Londres, donde se efectuaban las transacciones del té (Museo Británico, Londres).

La rebelión tuvo por natural consecuencia la sustitución de la Compañía de las Indias Orientales por el gobierno inglés en todas sus funciones. La corona, que asumía la responsabilidad de la defensa, debía tener también el privilegio de la administración. Se creó un ministerio o secretariado para la India; al gobernador general se le llamó desde entonces virrey, y por fin, en el año 1877, la reina Victoria fue proclamada emperatriz. La táctica de penetración cambió poco; los funcionarios del *India Service* se mantuvieron apartados de los indígenas, formando una especie de supercasta, cual otros "intocables" rubios, silenciosos y flemáticos, que jugaban al críquet, al polo o al tenis y con toda corrección bebían licores importados.

Durante el siglo XIX, Inglaterra contó además con un ejército invisible, una diplomacia sin uniforme, un cuerpo de agentes de negocios sin sueldo que le produjeron tantas conquistas como los gubernamentales. Estos agentes, diplomáticos y colonizadores, fueron los misioneros protestantes, que se infiltraron en los más remotos lugares del África y del Asia. Eran personas sinceras que, además de predicar el Evangelio, curaban o pre-

venían enfermedades, extraían muelas, ayudaban a resolver disputas. Y todo ello sin remuneración. Vivían simplemente con los recursos que recibían de Londres. Pero estableciendo amistades y descubriendo territorios, preparaban el camino a los agentes consulares y después al destacamento de intervención. El más sincero y noble de éstos fue sin duda Livingstone, que exploró grandes regiones del África, cruzándola varias veces de parte a parte. Sus hazañas llegaron a conmover a la Humanidad, y para descubrir su paradero el *New York Herald* organizó la expedición de Stanley, que contribuyó muchísimo a precisar la geografía de África.

De la época de lord Wellesley es también la ocupación de los territorios de los estrechos de Malaca, con su formidable base naval de Singapur. Hong-Kong, en una isla admirablemente situada para comerciar con China, se obtuvo como indemnización de una guerra forzada por los disparates de un consul inglés perverso, que quiso mantener el comercio del opio, prohibido por los mandarines de Cantón. Se empezó a querer extirpar el vicio de esta droga, pero por los beneficios que producía su comercio pelearon

*Stanley en busca de Livingstone
(Biblioteca Nacional, París).
La desaparición de Livingstone
conmovió a toda la Humanidad
y el periódico norteamericano
"The New York Herald" organizó
una expedición en su búsqueda
que dejó a las órdenes
de Stanley y que contribuyó en gran medida
al mejor conocimiento de África.*

los ingleses. Desde entonces vienen los chinos calificando de "diablos extranjeros" a los europeos.

Australia, Tasmania y Nueva Zelanda eran a principios del siglo XIX casi desconocidas y sólo servían para deportar criminales. En 1820 comenzaron a emigrar a Australia colonos incitados por las perspectivas de la cría de merinos y el comercio de la lana. Las humanitarias leyes de Peel, que disminuyeron las sentencias de muerte, alarmaron a las

*El célebre encuentro de Stanley
y Livingstone publicado por
"The Illustrated London News"
en agosto de 1872 y al que
el primero consideró "tan correcto
como si hubiera sido fotografiado".*





Aspecto parcial de Kow-Loon, en Hong-Kong, puesto adquirido por Inglaterra en la costa de China para comerciar con esta inmensa nación.

colonias: creyeron que iban a recibir deportados a todos los mallecheros que antes eran ahorcados, y sus quejas obligaron por fin a desistir del sistema de deportación. Estimuló también la inmigración en Australia el descubrimiento de minas de oro, pero ya se han agotado, y actualmente la principal riqueza es la agricultura. Australia carece de mano de obra indígena; los aborígenes australianos son escasísimos y refractarios a la civilización. Por de pronto, Australia es un país de gran oportunidad para experimentos sociales; no hay irreducibles intereses creados ni aristocracias de antiguos emigrados celosos de sus privilegios. La constitución es federal; sin embargo, puede decirse que el régimen político de Australia está todavía en embrión, pues, como buenos anglosajones, los colonos no se han encadenado con una inalterable constitución dogmática.

En Nueva Zelanda los ingleses encontraron a los nobles maoríes, de raza polinesia, los verdaderos aristócratas del océano Pacífico. Han demostrado ser capaces de coope-



Vista parcial de Singapur, donde los ingleses establecieron una formidable base naval que defendía los estrechos de Malaca, punto de comunicación entre los océanos Índico y Pacífico.

rar con los europeos en un alto grado. Aunque se mantienen algo aislados, los maoríes envían sus representantes al Parlamento colonial, y uno de ellos ha llegado a ocupar el puesto de ministro.

Para mantener abierta la ruta de la India, Inglaterra exigió la cesión de la Colonia de El Cabo en los repartos del Congreso de Viena. Más tarde tuvo que intervenir en Egipto y conquistar el Sudán para defender el canal de Suez, que abreviaba considerablemente el viaje. La Colonia de El Cabo y Egipto han producido días de luto, horas de tragedia, a la nación inglesa, que se han de cargar naturalmente en la cuenta de la India. En su partida de cargos, los ingleses no se olvidan nunca de incluir las guerras del Sudán —extensión de Egipto— y las campañas contra los bóeres en Orange y Transvaal. Las guerras de África del Sur exigieron la movilización de ejércitos y pusieron a prueba la resistencia y estabilidad del Imperio británico apenas formado.

La Colonia de El Cabo, holandesa en su origen, tenía muchos descendientes de los fundadores que vivían y hablaban como sus mayores. En 1836, al encontrarse en minoría por la llegada de nuevos colonos ingleses, un enjambre de bóeres holandeses emigró al otro lado del río Vaal, fundando la República de África del Sur o del Transvaal. Otro enjambre se asentó en la región del río Orange, constituyendo allí una segunda república

EL IMPERIO INGLÉS

Después de la larga serie de guerras que, entre 1793 y 1815, han aislado a Europa, Inglaterra se convierte en la primera potencia colonial y marítima, anulada definitivamente la competencia francesa y muy comprometida la española.

Durante todo el siglo XIX proseguirá esta política de ocupación de puntos estratégicos.
1833 Las Malvinas, en el Atlántico sur.
1839 Adén, en el mar Rojo.
1842 Hong Kong, en las puertas de China.
1878 Chipre, en el Mediterráneo oriental.
1882 Suez.

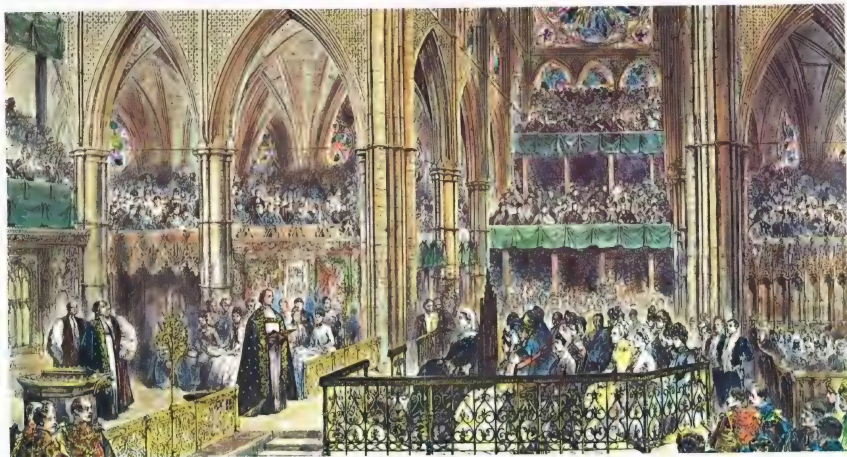
El dominio inglés se asienta en una serie de bases fortificadas —Gibraltar, Freetown, Ascensión, Santa Elena, El Cabo, Isla Mauricio, Ceilán— que garantizan las comunicaciones de la metrópoli con las distintas colonias.

Se doblará, además, de una política de extensión territorial: expansión del Canadá, ocupación del sur de África desde la colonia del Cabo, conquista de la India y poblamiento de Australia desde la colonia de Nueva Gales del Sur.

Desde 1882, y tras la conquista de Egipto, el imperialismo inglés se concentrará en África, rivalizando con Francia.

holandesa. Estos dos estados independientes quedaban interpuestos entre la Colonia de El Cabo, que era inglesa, y los zulúes y matabeles, los únicos indígenas de pura raza negra que han tenido capacidad para organizarse y atacar a los blancos colonizadores. Tal era el peligro que los zulúes representaban para holandeses e ingleses, que en 1877 los bóeres no opusieron resistencia a la aneación del Transvaal y Orange con tal que Inglaterra los defendiera de sus salvajes enemigos. Pero más tarde, libres del peligro de los zulúes, reanudaron los bóeres sus pretensio-

Bodas de oro de la reina Victoria con la corona inglesa, celebradas en la abadía de Westminster el 2 de junio de 1897 (Biblioteca Nacional, París).



LA FORMACION DEL PARTIDO LABORISTA

Fracasado el movimiento cartista, el movimiento obrero inglés se desarrolló, encuadrado en el sindicalismo apolítico, al margen del socialismo. Las organizaciones sindicales (*Trade Unions*) posteriores al cartismo, constituidas casi exclusivamente por trabajadores especializados (*Skilled*), aceptaron, en general, el sistema de libre empresa, buscando la negociación y el acuerdo con los patronos antes que el conflicto y la huelga. Esta orientación es explicable por la supremacía económica inglesa, indiscutible hasta el último cuarto del siglo XIX, generadora de una prosperidad industrial que benefició en alguna manera a la clase trabajadora, especialmente a la calificada, así como por la flexibilidad de la clase dirigente inglesa, muy superior a la de sus contemporáneos del continente, capaz de hacer concesiones en los momentos críticos y más orientada hacia la atracción de los trabajadores que a la represión de sus organizaciones sindicales. Los trabajadores, por consiguiente, no actuaron políticamente como grupo independiente durante este período, comprendido aproximadamente entre 1850 y 1880; si bien representantes obreros fueron elegidos como diputados para los Comunes, lo fueron a título de miembros del Partido Liberal (*Lib-Lab*), actuando en la Cámara como grupo de presión.

Como señalan Tate y Morton, la conexión política entre los dirigentes del movimiento sindical y el Partido Liberal era muy estrecha. Entendían aquellos que, legalizada la situación de los sindicatos y extendido "de forma satisfactoria" el derecho de voto, quedaban cumplidas las finalidades políticas sindicales. Los sindicatos obreros, pues, habían aumentado el número de sus miembros y su potencia económica, también consiguieron mejoras profesionales importantes, pero habían perdido casi totalmente la conciencia de clase y la combatividad de la época cartista.

Sin embargo, las crisis industriales que azotan a Inglaterra después de 1887 determinaron un renacimiento socialista. Como indica Dolléans, se asiste en Inglaterra, como en la época del cartismo, a la coexistencia de una crisis industrial y de nuevas creencias que se oponen al individualismo. La conjunción de los factores económico y psicológico, el encuentro de la miseria y la esperanza, renovó el movimiento obrero. El nuevo sindicalismo que surge en los años ochenta agrupará especialmente a los trabajadores no calificados (*Unskilled*), hasta entonces fuera de unas organizaciones sindicales que dificultaban su entrada y exigían cuotas elevadas, a los *dockers* de los puertos, a los ferroviarios..., rechazando el viejo sindicalismo, los dirigentes del nuevo, Keir Hardie, Tom Mann, John Burns..., atraerán a las masas—en las que se infiltra el socia-

lismo como única explicación racional de las crisis económicas—, con reivindicaciones tales como la jornada de ocho horas y el salario independiente de la coyuntura económica.

Momento clave es el de la huelga del puerto de Londres, de 1889. Dirigidos por los socialistas, los trabajadores terminan imponiéndose y el viejo sindicalismo se renueva: los sindicatos tradicionales aceptan las nuevas reivindicaciones y crece la formación de uniones sindicales entre los *unskilled*. En el Congreso de las Trade Unions (T. U. C.) de 1890 se votaban por vez primera, según J. Burns (citado por Droz), una serie de mociones, primeras llamadas al estado y a las municipalidades, a fin de obtener para el obrero lo que el sindicalismo no había podido lograr.

Asimismo, en los años ochenta aparecen diversas corrientes socialistas en Inglaterra: primeramente, la Federación Social Democrática (F. S. D.), constituida en 1881 por intelectuales radicales y miembros de la Primera Internacional. Su figura principal fue H. M. Hyndman, autor de obras como *England for Alls*, *The Historical Basis of Socialism*, *Socialism and Slavery*..., cuya idea clave era, según Droz, el renacimiento cartista bajo la inspiración de Marx.

Entre sus seguidores destacarán Eleanor Marx-Eveling, hija de Marx, y especialmente William Morris, el gran poeta, profundo conocedor del materialismo histórico, autor de obras como *News from Nowhere*, *The Dream of John Ball*, *Socialism: Its Growth and Outcome*..., en las que alienta un "violento y apasionado grito de protesta y una confesión de fe en que la fraternidad y la belleza eran tan vitales para la vida como el pan". Hostil a un capitalismo que había destruido la belleza de la vida y el sentido del trabajo,

Morris pensaba que sólo por la lucha de clases sería posible la creación revolucionaria de un mundo nuevo.

Eleanor Marx y William Morris fundarán, separándose de la Federación, la Liga Socialista, que acabó bajo control anarquista, volviendo parte de sus miembros a la Federación, que no logró constituirse en el gran partido socialista que soñaba Hyndman, debido a su debilidad doctrinal, basada en una deficiente interpretación de Marx: desprecio del sindicalismo, considerado como fuerza reaccionaria, y alejamiento de las actividades de las clases trabajadoras, en vez de orientarlas y dirigir las. Los obreros nunca se identificaron con un marxismo mal comprendido y la Federación nunca sobrepasó los diez mil miembros.

Por aquellos años se funda también la "Sociedad Fabiana", que agrupa una serie de intelectuales influidos por el positivismo: Stuart Mill, Owen, los marginalistas, Marx, Ruskin..., que concebían el socialismo como la forma de organización social que habría de llegar inevitablemente mediante el desenvolvimiento progresivo de las instituciones existentes. La función de la sociedad era difundir estas ideas, contribuyendo a crear una democracia industrial, realizable a través de un socialismo administrativo, mediante la "municipalización" o colectivización a nivel municipal de los más importantes servicios públicos: agua, gas, enseñanza, transportes... Concebían el estado no como un organismo al servicio de una clase, sino como una institución neutra que serviría indiferentemente a cualquier grupo que dominase en el Parlamento, como un "enorme ministerio impersonal y eficiente", en frase de Mac Kenzie.

El número de miembros de la sociedad—entre los más destacados, Sidney y Beatrice Webb (autores del libro más importante del movimiento: "Democracia industrial"), Bernard Shaw, H. G. Wells...—fue siempre muy pequeño, pero su influencia en el laborismo inglés ha sido decisiva, dando una versión peculiar del socialismo concebido como "una técnica de reformas legislativas dentro del marco de la sociedad capitalista, cuya evolución al socialismo veía como inevitable".

La formación de un tercer partido que, fuera del estrecho marco ofrecido por conservadores y liberales, defendiese específicamente los intereses obreros surgió, no de los grupos socialistas, sino del sindicalismo recabado. La iniciativa vino de Keir Hardie, fundador del *Scottish Labour Party* en 1888, y que sería elegido como "socialista independiente"—por vez primera, los representantes obreros dejaban de ser elegidos como liberales—, junto con Burns y J. H. Wilson en 1892.

Sobre esta base se constituiría en 1893 el llamado "Partido Independiente del Trabajo" (I. L. P.), distante a la vez, subráya-



Droz, del sindicalismo tradicional y del marxismo de la Federación. Pese a sus éxitos iniciales, su debilidad teórica y la fuerza de los "viejos sindicalistas" opuestos a la idea de un partido de la clase obrera impidieron que el I. L. P. adquiriera una fuerza real.

Hacia los años 90, el reaccionarismo patronal y ciertas amenazas legislativas a las actividades obreras determinaron, después que el Congreso de las Trade Unions de 1899 invitara a participar en sus sesiones a los grupos socialistas, la constitución en 1900 del Comité para la representación del trabajo (*Labour Representation Committee*, L. R. C.), integrado por representantes del T. V. C. (Sam Woods.

V. C. Steadman, Will Thorne y Richard Bell), del I. L. P. (Keir Hardie y Ramsay MacDonald), Fabianos (E. R. Pease y G. Bernard Shaws) y de la S. D. F. (R. H. Taylor y H. Quelch).

Sindicalismo y socialismo se funden en un partido autónomo. Pero era difícil resolver los conflictos internos y el peso de la tradición apolítica sindical. Sólo después del pleito de la Taff Vale Company, donde se estableció la responsabilidad sindical por los daños causados por sus miembros, y los sindicatos vieron amenazado el derecho de huelga, creció la influencia del L. R. C., que consiguió crear en 1903 un fondo para hacer frente a los gastos de elección de representantes laborales.

El número de sus miembros ascendió de 469.000 en 1901 a 861.000 en 1903 (cifras dadas por Droz), y tras las elecciones de 1906, en que de 53 candidatos trabajadores elegidos, 29 lo fueron por el L. R. C., éstos, Keir Hardie y R. MacDonald, entre ellos, fundaron el mismo año el Partido Laborista (*Labour Party*), que, fiel a la influencia fabiana, actuando siempre dentro del marco constitucional y luchando, más que "por imponer una concepción del mundo", por la obtención de concretas mejoras, terminaría por desplazar al Partido Liberal dentro del sistema político inglés.

A. M.

nes y se levantaron contra los ingleses, obligándolos a retirarse y a reconocer su independencia. Después de una derrota vergonzosa para el Imperio británico en Majuba (febrero de 1881), Gladstone consintió en transigir, aceptando todo lo que querían los bóeres mientras éstos se conformaran en re-

conocer la supremacía (*suzerainty*) de la reina Victoria. Se hizo gran hincapié en la palabra *suzerainty* (supremacía) en lugar de *sovereignty* (soberanía). Los filósofos del Parlamento descubrieron que provenían de dos raíces latinas muy diferentes.

La paz duró poco. Se descubrieron minas



Iglesia inacabada que empezaron a construir los primeros deportados ingleses enviados a Porth Arthur, en Tasmania.

Monumento en Pretoria a Andries Pretorius, colonizador bóer trasladado al norte del Vaal. Dirigió la lucha antibritánica hasta 1852, en que obtuvo de Inglaterra la independencia de los bóeres del Transvaal.



Louis Botha, político y militar sudafricano que, después de luchar contra Inglaterra, marchó a ese país como representante del Transvaal y contribuyó a que Gran Bretaña concediera gobierno autónomo a su país. Presidió el primer gabinete transvaalano y formó la Unión Sudafricana, de la cual fue presidente.



de oro en el Transvaal, y allí afluyeron los ingleses, predominando en algunas regiones, donde se mantuvieron extraños y separados de los holandeses. Esto debía provocar conflictos, agravados por la terquedad de los holandeses en no querer conceder derechos de ciudadanía a los *uitlanders* o forasteros recién llegados. Bóeres y *uitlanders* formaban dos poblaciones enteramente distintas en la misma tierra. Los bóeres tenían todos los privilegios de justicia; los *uitlanders* eran considerados como intrusos, sin poder conseguir la naturalización en la República. Sus quejas llegaban hasta Londres y sobre todo hasta El Cabo, donde gobernaba como primer ministro el gran aventurero Cecil Rhodes. Convencido de que los *uitlanders* o ingleses atropellados por los bóeres acabarían por rebelarse, Rhodes preparó la anexión del Transvaal y Orange. Colocó un ejército en la frontera, pronto a penetrar en la República de África del Sur (Transvaal) para "restablecer el orden" así que se supiera que había estallado la revolución de los *uitlanders*. Estos, en

Lord Horatio Herbert, vizconde Kitchener, por C. M. Hersfall (The National Portrait Gallery, Londres). Este militar inglés tomó parte en todas las acciones en Egipto, fue gobernador general en Sudán y jefe de las fuerzas británicas en África del Sur, además de ocupar otros puestos. Ministro de la Guerra al estallar el conflicto de 1914 a 1918, murió a mediados de 1916 al chocar con una mina el crucero en que viajaba.



realidad, se amotinaron en diciembre de 1895 en Johannesburg, y el ejército apostado en la frontera por Cecil Rhodes, sin esperar detalles, creyendo que encontraría aliados en los *uitlanders*, penetró prematuramente en el Transvaal y fue copado en masa por los bóeres. Este hecho militar es conocido en la Historia por el *Jameson Raid* o *razzia* del doctor Jameson, porque guiaba la expedición el médico del propio Rhodes, llamado Jameson.

Rhodes desautorizó a su agente diciendo que había obrado por su cuenta. Durante un tiempo los bóeres quedaron en paz, pero los ingleses tenían atragantados los desastres de Majuba en 1881 y del *Jameson Raid* en el 1895. Por otra parte, los bóeres cobraron infulus e hicieron cada día más penosa la condición de los *uitlanders*. La guerra estalló de nuevo en 1901. Los bóeres estaban pertrechados de material de guerra; habían importado cañones de mayor alcance y con mejor puntería que los ingleses; su infantería montada no perdía bala; conocían el terreno, defendían su patria con sentimiento de europeos y tenacidad de africanos. Disputar a los bóeres sus tierras parecía pecado que Dios castigara como en los ejemplos de la Biblia.

Y sin embargo, igual que en el caso de la rebelión de la India, nadie ni en Inglaterra ni en las colonias habló de abandonar la partida. Para acabar con aquella nación de colonos patriarcas, Inglaterra movilizó 200.000 soldados. Los bóeres nunca tuvieron más de 30.000 hombres armados. Inglaterra confirió la dirección de la campaña a su mejor militar, lord Roberts, que había ganado su título subyugando el Afganistán, y a Kit-



Manifestaciones de júbilo que tuvieron lugar en Londres al conocerse el establecimiento de la paz entre los bóeres de Sudáfrica y los británicos (Biblioteca Nacional, París).



Monumento en Montreal a la caballería canadiense, que participó en la guerra de los bóeres. La guerra surgió entre Inglaterra y África del Sur sirvió para demostrar la solidez del Imperio, pues todas las colonias acudieron en auxilio de la metrópoli.

chener, cuya fama provenía de la conquista del Sudán. Los generales de los bóeres eran estrategas improvisados, pues la víspera de la guerra estaban en sus haciendas cuidando los rebaños. Con todo, infligieron a los invasores terribles derrotas, y hubo días en que todo parecía perdido.

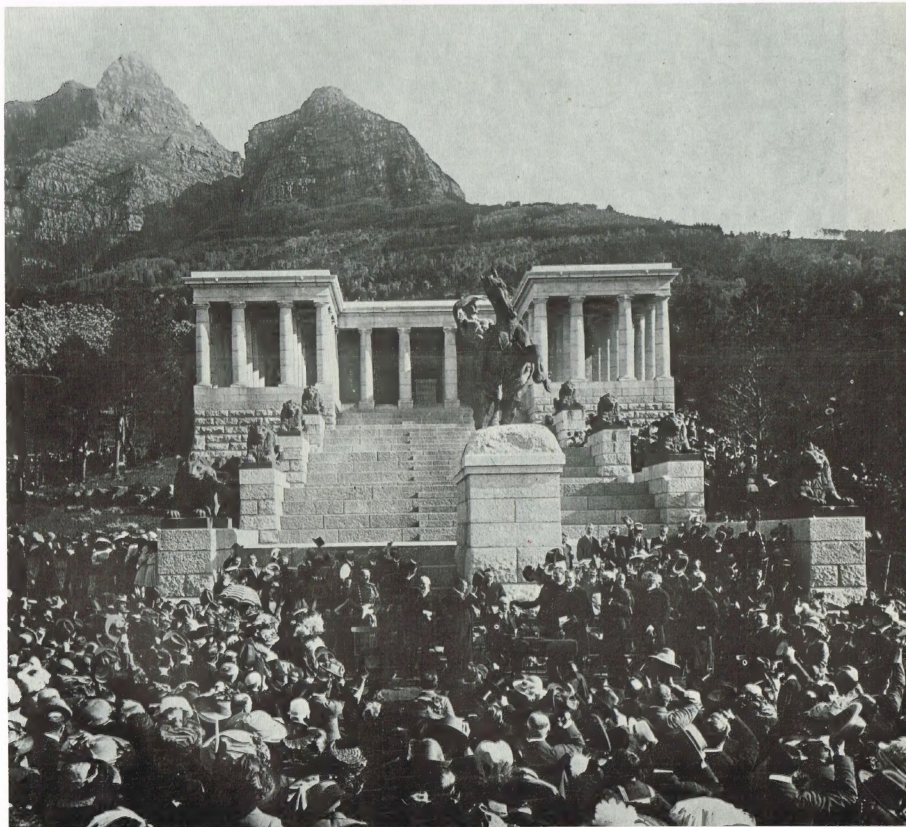
Pero, sin desanimarse, los ingleses avan-

zaron y la paz se firmó en Pretoria, capital de la república bóer. Más admirable todavía es que aquella prueba sirvió para consolidar el Imperio. Las colonias acudieron en auxilio de Inglaterra, hasta la India se mantuvo leal, y los irlandeses pelearon y murieron en el Transvaal al lado de los ingleses. A pesar de ello, cuando al terminar la guerra quiso

la reina Victoria pagar la deuda visitando a Irlanda, que no por ello dejaba de reclamar su autonomía, se temían trastornos y descortesías; pero el recibimiento fue respetuoso, aunque frío, y la soberana permaneció dos semanas en Irlanda sin que ocurriera ningún incidente desagradable. Esta cortesía no liquidó la desafección irlandesa. Irlanda persistió en su demanda de un régimen autónomo y, tras inúmeros incidentes parlamentarios y terroristas, se concedió todo lo que exigía.

Entre tanto, en El Cabo, ingleses y holandeses se conformaron con el inevitable destino y fundaban la Unión del África del Sur, en la que los bóeres y anglosajones iban a cooperar cordialmente. Y para que fuese más fácil y menos duro para los vencidos, dirigieron la nueva Unión dos de los generales bóeres que más se habían distinguido peleando contra los ingleses, los generales Botha y Smuts. Con este epílogo ya no es extraño que gentes de tal índole puedan cooperar hasta... en los Parla mentos.

Inauguración, cerca de El Cabo, del memorial a Cecil Rhodes, que fundó el Imperio británico en África del Sur. Fue presidente de la colonia de El Cabo y fundó Rhodesia. Su política imperialista contribuyó a provocar la guerra anglo-bóer.



BIBLIOGRAFIA

Bryant, A.	<i>Cien años de vida inglesa (1840-1940)</i> , Barcelona, 1946.
Elton, Lord G.	<i>El Imperio británico</i> , Barcelona, 1948.
Knaplund, P.	<i>El Imperio británico, 1815-1939</i> , Barcelona, 1945.
Knowle, L. C. A.	<i>The Industrial and Commercial Revolution in Great Britain during the Nineteenth Century</i> , Londres, 1922.
Mackenzie, N.	<i>Breve historia del socialismo</i> , Barcelona, 1969.
Schneer, R.	<i>El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea (1815-1914)</i> , en vol. VI de la "Historia General de las Civilizaciones", Barcelona, 1969.
Strachey, L.	<i>La reina Victoria</i> , Madrid, 1941.
Tate, G., y Morton, A. L.	<i>Historia del movimiento obrero inglés</i> , Madrid, 1971.
Tougan-Baranowski	<i>Las crisis industriales en Inglaterra</i> , Madrid (s. a.).
Trevelyan, G. M.	<i>English Social History</i> , Londres, 1923. <i>Historia política de Inglaterra</i> , México, 1943.



Boer a caballo (Biblioteca Nacional, París). Los bóeres de África del Sur, grandes conocedores del terreno y luchando en defensa de su propia patria, presentaron gran resistencia a las fuerzas desplegadas contra ellos por Gran Bretaña.